



# **LA ESTIRPE DE TORDÓN**

**M<sup>a</sup> Concepción Regueiro**

## **Capítulo I**



## I

Nunca fui contraria a las instituciones tan a menudo criticadas por otros, con su empeño en señalarlas cual forma oficial del terrorismo del estado. Me bastaba basarme en mi caso concreto. Al contrario que otros niños de peor suerte, siempre estuve convencida de que el Tribunal Tutelar de Menores era el hada buena artífice de una infancia y juventud aceptables frente al seguro páramo de desolación que me esperaba por los hábitos etílicos de Amalia. Pura y Carlos me trataron siempre como a la hija que no pudieron tener, regalada por esas ironías del destino a una hermana irresponsable de la que no servía siquiera la excusa mascullada tras litros de vino barato sobre estudiantes malvados, vilmente huidos tras el incidente. En realidad, nunca me había importado gran cosa todo eso. Era una persona de carácter tranquilo, y agradecía profundamente el hecho de que mis tíos se hubiesen hecho cargo de mí desde bebé. Mis sentimientos hacia Amalia ni siquiera llegaban a la categoría de malestar. Ella era la mujer de facciones similares a las de Carlos que de vez en cuando venía a visitarme con regalos baratos y que marchaba tras la consabida charla en la cocina en volumen ascendente con su hermano, nada más. Los niños son lo suficientemente egoístas para no valorar otros aspectos de la realidad cuando los que les interesan están perfectamente cubiertos.

Tampoco podía hablar de especiales dudas sobre la identidad de mi padre. Siempre consideré a mi tío como la figura fuerte y responsable necesaria, por ello,



cualquier pregunta sobre el desgraciado del Colegio Mayor seductor y embarazador sólo hubiera servido para intranquilizarme con unos desasosiegos que siempre rechacé. Edifiqué mi vida adulta sobre los pilares de la seriedad y el trabajo bien hecho, lo que me permitió llegar a jefa de sección antes de los treinta años. Pude comprar coche y casa cuando otras aún estaban en plena decisión de su trayectoria vital, así que es comprensible mi alejamiento voluntario de cuestiones incómodas. No hubiera soportado saber que por mis venas corría la sangre de un impresentable determinado. Me llegaba con la ya conocida por vía materna.

Por lo que respecta a otros elementos de mi vida, tampoco valoré nunca esas preocupaciones de mucha gente sobre el compromiso político, la justicia social y demás. Mi principio era que el propio trabajo bien hecho levanta a las naciones. Lo demás sería sólo un hatajo de charlatanes que antes o después irían a llenar sus bolsillos. Me alcanzaba con escuchar cualquier telediario para verificar mi hipótesis. Sentía demasiada demagogia en el aire y acababa considerando que si una persona tan normal como yo había llegado a mis niveles de bienestar era porque todos esos rollos se resumían en definitiva en el hablar por no estar callado tan propio de nuestro país. Mis inicios fueron como aprendiz y acabé siendo jefa de planta en unos grandes almacenes, con un salario mayor al de muchos licenciados, sin olvidarme de las sabrosas comisiones de cada temporada, algo achacable a una explicación tan vaga como que siempre estuve ahí, trabajando con ganas y desconfiando de las tonterías de los enlaces sindicales, a la hora de la verdad siempre desaparecidos y dejando los follones a los desgraciados que confiaron en ellos. Ni qué decir tiene que tampoco creía en las llamadas tragedias de la historia y similares quejas de muchos resentidos. Mis vivencias de aquellos años me demostraban variados aspectos positivos de la época: los que no querían seguir aquí se marchaban a Alemania, Francia y todos esos sitios y luego



de vuelta se hacían verdaderas mansiones. Algo imposible hoy en día, con el precio de la construcción y, por otra parte, mi tío había ocupado un cargo administrativo de cierta relevancia en ese régimen y yo no veía en él ese perro de presa de la dictadura del que hablaban esos intelectualillos que nunca habían tenido que buscarse la vida. Por eso consideraba a mi madre como la típica quejica sobre los ricos, los gobiernos y todo cuanto consideraba causante de su ruina. Por supuesto, en ningún momento se echaba la culpa sobre su propia desgracia. Yo no podía evitar la idea de que prefería rebuznar todas esas tonterías y seguir siendo la anciana borracha que hace cruzar de acera. La queja farfullada como estilo de vida, mantenido entre el alcohol y la podredumbre de la vieja casa que yo visitaba lo menos posible. La vuelta a mi apartamento resultaba en esas ocasiones un verdadero alivio, siempre iniciado con la frase ya convertida en contraseña de la tranquilidad: “no voy más”.

Yo era, en resumen, un edificio vital de sólidas columnas pero que, como cualquier construcción sobre la tierra, puede ser derrumbado por un desastre natural o de cariz más extraño. La desolación de cascotes y vigas retorcidas puede ser, curiosamente, más atractiva. Sólo se trata de ser consciente de lo que ves.

**Autora: M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón; Tui, Pontevedra, España.**

***La estirpe de Tordón*, Capítulo I. Novela publicada originalmente en el volumen de mismo título de la colección Libro Andrómeda – Ciencia Ficción, núm. 11.**

-----  
La autora ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

-----  
**Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.